

LA NIÑA QUE HACÍA HABLAR A LAS MUÑECAS



En librerías el 13 de marzo

Pep Bras

alevosía 

La niña que hacía hablar a las muñecas

Alevosía es un sello editorial de Ediciones Siruela S. A.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: fotografías de © Kladej/Shutterstock

y © Victorian Traditions/Shutterstock

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Pep Bras, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

www.siruela.com

ISBN: 978-84-15608-69-1

Depósito legal: M-488-2014

Impreso en Unigraf

Printed and made in Spain

Papel 100 % procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Pep Bras

La niña que
hacía hablar a
las muñecas

Sobre
*La niña que hacía hablar
a las muñecas*

A comienzos del siglo XX, un trasatlántico procedente de Barcelona naufraga ante la isla brasileña de Ilhabela, un paraíso exótico que vive bajo la leyenda del jaguar Gápanemé. Joan Bras, que sobrevive casi milagrosamente después de ser enterrado vivo, vivirá una apasionada historia de amor con Catarina, la atractiva viuda doctora de la isla.

Así arranca *La niña que hacía hablar a las muñecas*, una novela épica por cuyas páginas veremos desfilar artistas de la ventriloquia, románticos que sueñan con dar a conocer la genialidad de Gaudí por el mundo, asesinos que no lo parecen y mujeres que se enamoran del hombre equivocado. Un viaje lleno de emociones que culmina con el fascinante París de los años 20.



© Alba Bras

Pep Bras (Premià de Mar, Barcelona, 1962) es licenciado en Periodismo y ha trabajado como guionista en televisión, radio y cine. Ha escrito novelas, cuentos y obras de teatro en catalán. De entre su obra destaca la novela *L'edat dels montres* (1999), finalista del Premi Sant Jordi; y el libro de relatos *El bajel de las vaginas voraginosas* (1987) por el que consiguió el premio La Sonrisa Vertical. Ha sido guionista de Andreu Buenafuente en El Terrat desde sus comienzos en la radio, también ha colaborado con Julia Otero e Isabel Gemio.

Primeras páginas de
*La niña que hacía hablar
a las muñecas*

Prólogo

Es difícil saber en qué momento exacto de la mañana del 14 de agosto de 1909 mi bisabuelo, Joan Bras, que por aquel entonces contaba veintidós años, llegó aparentemente muerto a la más pequeña de las playas del nordeste de Ilhabela. Hace un siglo, el tiempo no tenía la importancia de hoy en día, y menos para los nativos de la isla, que, inmunes al subyugador invento del reloj, solían guiarse por la posición del sol y por su instinto. Si tenían hambre, era la hora de comer; si los vencía el sueño, el momento de una larga siesta.

Había llovido toda la noche. Empezó como suelen hacerlo las tormentas tropicales, no con un medroso trueno de advertencia y la sombra de unos nubarrones que se extienden palmo a palmo hasta ocultar por completo la luna, sino repentinamente, casi a traición. La noche era silencio y al minuto siguiente una cascada manaba con furia desde el cielo como si un dios juguetón, enloquecido, hubiera hecho estallar un gigantesco globo de agua sobre su creación.

Por la mañana hacía un calor sofocante. Dandhara andaba a paso ligero por la estrecha senda que bordeaba la costa y que comunicaba su aldea con la de Guanxuma, donde vivían el *avô* Jairo y la *vovô* Maísa. Iba descalza, y sus menudos pies se iban ensuciando de barro hasta los tobillos dando la impresión de que llevaba unos toscos calcetines de color cacao. Iba tarareando en voz baja, en un susurro, los versos que le había enseñado su madre hacía un par de inviernos, cuando Dandhara empezó a visitar sola a sus abuelos maternos. *Mãe* le había dicho que era una canción mágica para perder el miedo al gran *onça-canguçu*, el jaguar de la isla. Decía así:

*Soy invisible ante tus ojos,
no puedes verme,
Gápanemé.
Mi olor se confunde
con la savia de los árboles.
No puedes olerme,
Gápanemé.
Si hago ruido al respirar,
se desvanece en tus oídos.
No puedes oírme,
Gápanemé.
Y si intentas atraparme,
volaré con el viento
y morderás tu propia cola,
estúpido Gápanemé.
Así que no intentes
llenar hoy tu gran panza conmigo.
Hoy no es una buena idea,
Gápanemé.
Mañana será otro día.*

Dandhara no había dejado de repetir la canción desde que salió de Serraria y, sin embargo, seguía muerta de miedo. Pensaba en todas las historias que le habían contado los mayores acerca de Gápanemé, como la de aquella vez en la que los de Tres Tombos, hartos de encontrar muerto el ganado, enviaron a la jungla a una docena de sus mejores cazadores armados con lanzas y antorchas.

No fueron rivales para Gápanemé. Durante cuatro largos meses se dedicó a jugar con ellos al gato y al ratón, los fue devorando uno a uno hasta que, al final, solo quedó el más joven. Se llamaba Tárccio y era el primogénito del jefe de la aldea. Desde pequeño había sido entrenado como guerrero, así que logró superar el agotamiento y, una fría noche sin luna, trepó hasta el punto más alto del pico de São Sebastião. Allí hizo una inmensa hoguera para que Gápanemé pudiera distinguir el resplandor desde cualquier punto de la isla. Aferró su lanza y se sentó a esperar. Estaba amaneciendo cuando el jaguar apareció por fin, se acercó y le habló con voz humana.

—Valeroso Tárccio —le dijo—, he decidido darte una oportunidad. Cerraré los ojos y contaré hasta diez. Tú corre lo más rápido que puedas y trata de esconderte.

Cuando el jaguar se puso a contar, Tárccio le arrojó la lanza con todas sus fuerzas. Apuntaba al corazón, pero Gápanemé debió de intuir la muerte porque, en el último segundo, dio un salto hacia atrás y la lanza se le clavó en el ojo izquierdo.

Según la leyenda, Gápanemé lanzó un rugido tan atronador que hizo temblar de norte a sur y de este a oeste todo el territorio, dividiéndolo al instante en las islas de São Sebastião, de los Búzios, de la Vitória y de los Pescadores, y en los islotes de las Cabras, de la Sumítica, de Serraria, de los Castelhanos, de la Figueira y de las Enchovas. Eso ocurrió siglos antes de que el archipiélago (y, por extensión, su isla mayor, São Sebastião) se llamara Ilhabela; antes de que fuera proclamado municipio independiente con el nombre de Vila Bela da Princesa (Vila Bela da Sereníssima Princesa Nossa Senhora, para ser exacto), en homenaje a la princesa de Beira, la infanta doña Maria Teresa Francisca de Assis Antónia Carlota Joana Josefa Xavier de Paula Micaela Rafaela Isabel Gonzaga de Bragança, hija mayor de don João VI y doña Carlota Joaquina, hermana de Pedro IV, el Rey Soldado, quien proclamó la independencia de Brasil. Ocurrió cuando los nativos de la isla aún la llamaban orgullosamente Ciribaí, que significa «lugar tranquilo». Antes de que llegaran los primeros exploradores portugueses para fastidiarlo todo. Así de viejo, de eterno, era Gápanemé.

Herido doblemente, aunque más en su orgullo, el gigantesco felino se irguió sobre las patas traseras al tiempo que se arrancaba la lanza de un zarpazo, como si espantara un moscardón.

—¡Estúpido humano tramposo! —masculló entre dientes.

Tárccio pudo inhalar su aliento cálido y putrefacto cuando el jaguar se acercó a un palmo de él y le contempló con su único ojo. Estuvieron así durante horas, inmóviles y callados el uno frente al otro, hasta que, simplemente, Gápanemé se dio la vuelta y desapareció.

Dandhara comprendía muy bien la moraleja de esa historia: la única forma de vencer a un enemigo invencible consiste en no mostrarle tu temor. Claro que Tárccio tenía una lanza y sabía cómo usarla.

«Así es fácil convertirse en héroe», pensó la niña. Pero ¿qué haría ella si el malvado *onça-canguçu* aparecía de repente y le decía que iba a contar hasta diez?

De pronto lo supo. Podía arrojarle una piedra al ojo bueno.

*Soy invisible ante tus ojos,
no puedes verme,
Gápanemé.*

El jaguar se enfadaría mucho, eso seguro, pero para entonces ya estaría ciego. Era un buen punto de partida para equilibrar el combate. A Dandhara se le iluminó la carita, esperanzada, mientras se detenía a recoger un par de piedras del camino. Las sopesó pensativa, una en cada mano, dejó que se adaptaran a sus palmas y trazó un arco con los brazos imitando el gesto de lanzarlas. Acabó escogiendo la menos pesada, la que tenía el tamaño de un maracuyá y estaba llena de aristas cortantes. Soltó la otra. Sabía que si fallaba el tiro no tendría una segunda oportunidad.

Levantó la cabeza, dejándose deslumbrar por el reflejo del sol sobre el infinito manto de azules del Atlántico. Se hallaba cerca del borde del escabroso acantilado que resigue toda esa parte de la costa. Justo enfrente surgía el islote de Serraria, del que la aldea de la niña tomaba prestado el nombre. Con su forma de volcán recubierto de vegetación parecía un orgulloso pezón verde que flotaba en el horizonte.

Dandhara creyó oír un ruido a sus espaldas.

Fue un crujido casi imperceptible que le provocó un escalofrío. Se imaginó a Gápanemé acercándose, sigiloso, con sus horribles fauces a punto de despedazarla. Casi le pareció notar una vaharada de aliento cálido en la nuca. Sintió el impulso de salir corriendo, pero en vez de eso tragó saliva, apretó bien fuerte la piedra en su mano buena, la zurda, y se dio la vuelta.

No había nada.

Solo el solitario sendero que acababa de recorrer, las huellas de sus pisadas en el barro.

Rápidamente, Dandhara dirigió la vista al otro lado. Allí estaba la jungla, la jungla oscura, inexpugnable. Contuvo unos segundos la

respiración, intentando detectar el más leve sonido. Nada, excepto un lejano coro de gaviotas que se entretejía con el rumor de las olas. Aliviada, suspiró y volvió a ponerse en marcha. No se sentía cansada, y eso que había recorrido buena parte del camino. Recordó que a continuación venía el tramo más duro, una empinada cuesta de unos doscientos o trescientos metros. Al llegar arriba, el sendero giraba bruscamente a la derecha y empezaba a descender hasta la zona de las playas.

*Y si intentas atraparme,
volaré con el viento
y morderás tu...*

Enmudeció de pronto, porque esta vez estaba segura de haberlo oído. Una rama quebrándose. Muy cerca, mucho más que antes. Alguien o *algo* estaba siguiéndola.

Le sobrevino el pánico y se puso a correr, tratando de sincronizar el ritmo de sus huesudas piernecitas con el del corazón, que parecía haberse vuelto loco. La abuela solía contarle que los latidos humanos provienen de un pequeño renacuajo con hipo que vive en nuestro pecho, y que cuando le damos un susto y el hipo se le pasa, se pone tan contento que empieza a brincar. Si aquello era cierto, el renacuajo de Dandhara amenazaba con fugarse por la boca en cualquier momento.

Llegó jadeando al final de la cuesta e inició el descenso. La tormenta de la noche anterior se había cebado aún más en aquel tramo del sendero, convirtiéndolo en un tobogán plagado de trampas. Dandhara no conseguía dar diez pasos seguidos sin patinar, y si milagrosamente conseguía mantener el equilibrio, no tardaba en hundirse en algún charco que le llegaba a las rodillas. Cayó cien veces, y otras tantas se levantó al instante para seguir corriendo. En una de esas caídas perdió la única arma en la que confiaba para derrotar al enemigo, su piedra-maracuyá. Estaba tan concentrada en huir que ni siquiera se dio cuenta de la pérdida hasta que esbozó el gesto recurrente de apretar la mano izquierda para insuflarse ánimos. Entonces las piernas empezaron a flaquearle, se vio a sí misma rebozada de barro de la cabeza a los pies, sangrando por codos y rodillas, y

se sintió ridícula e indefensa, tan irremediabilmente perdida que ya solo tuvo fuerzas para buscar asiento en el suelo, se tapó los ojos con las manos y esperó.

Confiaba en que Gápanemé, misericordioso, le concedería una muerte rápida, pero en vez de eso pasaron los segundos, lentamente, sin que ocurriera nada. Consiguió llenar de aire los pulmones y se decidió, por fin, a echar un vistazo.

Lo primero que vio fue dos pequeños y malignos ojos amarillos clavados en los suyos.

Se encontraban a su misma altura, cerca, muy cerca, a poco más de un metro. El animal parecía observarla con curiosidad. Probablemente lo había atraído el llanto inconsolable de la niña; puede, incluso, que aquella sucesión de entrecortados gimoteos le hubiera recordado el lenguaje de su propia especie y se estuviera preguntando qué trataba de comunicarle esa extraña criatura sin plumas y con boca en vez de pico.

Viéndose descubierta, la enorme gaviota cocinera, tan alta como un perro, extendió instintivamente sus alas negras al tiempo que abría el pico ganchudo, dispuesta a repeler cualquier ataque. Solo cuando comprobó que la niña seguía mirándola perpleja, sin signos de hostilidad, decidió bajar la guardia, se dio la vuelta y empezó a alejarse, chapoteando graciosamente en el barro con sus pies palmeados. Dandhara tardó en darse cuenta de que en todo ese tiempo no había parado de temblar. Y, sin embargo, la sensación de pánico ya había pasado. Supo que no habría ni rastro del jaguar incluso antes de echar un vistazo a su alrededor.

«Eres tonta», pensó, avergonzada.

Se puso trabajosamente en pie. Le dolían los huesos, cada músculo del cuerpo. Su primer pensamiento fue que nunca, bajo ningún concepto, contaría a nadie lo que acababa de ocurrirle (ni siquiera a su madre, aunque *mãe* sabía guardar un secreto). Sería el hazmerreír de sus amigas.

La gaviota volvía a mirarla con recelo. Lanzó un chillido desafiante.

—¿Y ahora qué te pasa?

Se fijó en su pico. Tenía una mancha que resplandecía con el sol. Una pequeña mancha roja en forma de estrella que empezó a gotear.

Dandhara hizo un mohín de repugnancia. Justo en ese instante la gaviota alzó el vuelo y desapareció en dirección a la playa, trazando en el aire la misma curva del sendero. La niña tuvo un mal presentimiento y se apresuró a seguirla.

Tal vez la escena que contempló habría sido más soportable si el océano hubiera escogido cualquier otra playa del nordeste de Ilhabela para depositar su macabro cargamento. Pero Praia Pequena, que desde ese día sería conocida como Praia da Caveira (la playa de la calavera), medía menos de cincuenta pasos por diez.

Por su parte, el *Príncipe de Barcelona*, el trasatlántico en el que viajaba mi bisabuelo, era uno de los más grandes de la época. Medía ciento sesenta metros de eslora por veinte de manga y diez de puntal. Disponía de una biblioteca estilo Luis XVI con estanterías de caoba y butacas de cuero remachadas. El suelo del salón de baile, al que se accedía por una lujosa escalinata desde el vestíbulo, estaba totalmente cubierto de alfombras persas. En la cubierta de primera clase había coloridas vidrieras para proteger al pasaje del viento; y el comedor, decorado con paneles de roble japonés, recurría a una soberbia cúpula central para franquear el acceso a la luz natural durante todo el día. Orgullo de la compañía española Pinillos, había sido construido dos años antes en los astilleros de Kingston, Glasgow, Escocia, y contaba con las más modernas medidas de seguridad de la época, como compartimentos estancos, una doble capa en toda la extensión del casco y varios tanques de lastre de agua que podían llenarse o vaciarse ante cualquier imprevisto. Según los navieros, era imposible que se hundiera. Obviamente, no habían previsto una noche de tormenta cerca de la costa brasileña.

Años después, cuando me dediqué a recopilar información sobre el naufragio, descubrí que la tragedia podría haber sido aún mayor. El vapor tenía una capacidad para ciento cincuenta pasajeros en primera clase, ciento veinte en segunda y mil quinientos en tercera. Un total de mil novecientas víctimas potenciales, incluyendo a la tripulación. Por suerte, en el que sería su último viaje solo iban a bordo cuatrocientas cincuenta y siete.

Aun así, seguían siendo demasiadas para una playa tan pequeña.

Dandhara llegó persiguiendo a la gaviota, y la imagen que se encontró allí se le quedaría grabada en el cerebro como la marca al

fuego de una res. Permaneció durante un largo tiempo inmóvil, boquiabierto, sin ser consciente de las lágrimas que iban brotando de sus ojos y de los brincos cada vez más salvajes del pequeño renacuajo de su pecho. Cuando al fin pudo reaccionar, se dio la vuelta y salió corriendo en busca de ayuda.

Primera parte

Ilhabela
1909-1920

El jinete sobre las olas

La noticia del naufragio no tardó en propagarse por la isla. Hombres y mujeres de todas las aldeas (desde la Ponta da Pirabura a la de las Canas y desde Poço a Sepituba) acudieron de inmediato a Praia Pequena, y fueron muchos los que renegaron de su dios, por atroz, al contemplar aquellas aguas tinturadas de escarlata y la espeluznante muralla de cuerpos que se amontonaba en la orilla. Otros, sobre todo pescadores, optaron por rezarle con más fervor que antes, temerosos de que en la próxima tormenta fuera su barca la que se fuese a pique.

Catarina estaba atendiendo un parto complicado y llegó más tarde que la mayoría, con el sol a punto de asfixiarse bajo los velos del crepúsculo. Se encontró a un montón de vivos muy nerviosos que iban de acá para allá, rogando o maldiciendo, y a un montón mucho mayor de muertos que nadie atendía.

—¡Oídmeme! —gritó hasta desgañitarse—. ¡Los cadáveres propagan enfermedades infecciosas! ¡Hay que enterrarlos ahora mismo!

Pero reinaba tanta confusión que nadie parecía escucharla. Entonces tomó una decisión: abrió su macuto de primeros auxilios repleto de vendajes, jarabes medicinales y tarros de ungüentos para heridas y picaduras de todo tipo, y extrajo del fondo el pesado Colt Single Action Army que siempre llevaba consigo. Lo cogió con respeto, agarrándolo por el cañón, en cuya parte superior podía leerse: «COLT'S PT. F.A. MFG CO. HARTFORD CT. U.S.A.».

Nunca había necesitado dispararlo. Ni una sola vez en cinco años, desde que lo heredara de su marido. «Prométeme que sabrás usarlo cuando sea necesario», le había suplicado José en su lecho de muerte. Y Catarina le había dicho que sí para que se fuera tranquilo de este mundo.

Para José siempre fue más que un simple revólver. Desde el momento en que lo aceptó como regalo de un yanqui trotamundos al que acababa de curar de una mordedura de serpiente (la más ponzoñosa de la isla, la *surucutinga*), el Colt fue su juguete tardío, su amuleto, un refugio al término de cada jornada. Podía pasarse horas limpiándolo, estudiando minuciosamente el mecanismo de funcionamiento. Una vez, incluso, lo desmontó de arriba abajo, solo para mostrarle con orgullo que hasta la pieza más insignificante llevaba grabado el número de serie. Catarina nunca compartió su entusiasmo. Le parecía absurdo que alguien tan bueno como su esposo, el mismo hombre que dedicaba su vida a procurar salvar la de los demás, sintiera aquel delirio por un chisme ideado para causar la muerte.

Recordaba todo aquello con cierto poso de melancolía mientras escogía una roca lo bastante alta para que todos pudieran verla. Se encaramó como pudo y, apretando con fuerza los dientes, apuntó al cielo y apretó el gatillo.

Un centenar de rostros se volvieron para mirarla.

—Gracias de antemano por el esfuerzo —dijo—. Nos espera mucho trabajo.

No fue sencillo decidir dónde enterrarlos. Muchos pretendían hacerlo en la misma playa, y Catarina tuvo que explicarles pacientemente por qué no serviría de nada cubrir con fina arena tantas toneladas de carne en proceso de putrefacción. Al final escogieron una explanada de tierra oscura y arcillosa que se hallaba relativamente cerca, a medio camino entre Praia Pequena y Guanxuma. Tenía la forma de un círculo casi perfecto, de unos doscientos pasos de diámetro. Los más ancianos se santiguaban seis veces antes de pisar aquel terreno negro, al que llamaban «O Fogo do Céu». El fuego del cielo. Hablaban de una gigantesca esfera en llamas que habían visto caer ahí hacía mucho tiempo, cuando el lugar aún lo ocupaba la frondosa jungla.

Esa noche, en Ilhabela solo durmieron los enfermos y los más ancianos. Acatando las instrucciones de la *doutora* —nadie en la isla llamaba a Catarina por su nombre de pila—, los hombres formaron grupos de tres y se jugaron a la rama más larga la labor que les co-

rrespondía. El ganador se ocupaba de cavar, los otros dos, del traslado de los cuerpos. Al principio intentaron cargarlos como fardos en sus carros, pero el inhumano peso de los ahogados hacía que las ruedas se hundieran en el lodo. Resignados, acabaron trajinando a cada muerto a pie, agarrándolo por tobillos y muñecas.

Niños de todas las aldeas, mitad acongojados y mitad eufóricos por la novedad de la aventura nocturna, repartieron antorchas a lo largo del camino, una cada quince pasos (más o menos la misma distancia que, en el mundo modernizado del continente, separaba las primeras farolas eléctricas de la Rua do Comércio de São Paulo), y luego iban y venían correteando como cabras por el sendero, empapándose de luces y sombras fantasmagóricas, sin saber muy bien qué más hacer, riendo o cantando a pleno pulmón o jugando a perseguirse y a tirarse piedras, molestando, en fin, a los mayores, que ya tenían bastante con su fúnebre carga.

Por su parte, las mujeres, que a diferencia del sexo opuesto rara vez necesitan consejo para organizarse, fueron a sus casas y regresaron al poco tiempo correteando grandes ollas y sartenes repletas de comida. Anunciaron su llegada perfumando hasta el último rincón de la isla con una sinfonía de aromas deliciosos: frijoles cocidos con harina de mandioca; *moqueca* de gambas frescas condimentadas con cilantro, limón, cebolla y leche de coco; *vatapá* de pargos y corvinas en salsa de yuca, tomate y aceite de palma; *carurú* de verduras cocidas y gratinadas con pimientos y camarones. Algunos hombres dejaban de cavar de pronto, olían a su alrededor y, al reconocer en el aire la crujiente *farofa*, el toque a jengibre del *xinxim de galinha* o los peculiares dulces de guayaba de sus esposas, sonreían como enamorados. A alguno se le oyó exclamar con orgullo:

—¡Ya llega mi mujer, mi amada, mi tesoro!

Nueve meses después, Catarina se vería obligada a atender más partos que en todos los años que llevaba en Ilhabela. Entonces recordaría esa noche, *a noite do grande enterro*, como la llamarían los nativos, y se alegraría de que por lo menos algunos hubieran sabido extraer un momento de dicha entre tanta catástrofe.

Con las primeras luces del alba ya casi habían terminado. En Praia Pequena quedaba una docena escasa de cadáveres. Se confun-

dían con algunos hombres que, incapaces de dar un paso más, iban desplomándose sobre el blanco colchón de arena y ya no se movían. Las mujeres regresaban a sus aldeas con los niños, niños mustios, sin alma, huérfanos de sueño, la antítesis de lo que habían sido al comienzo de aquella larga noche.

A Catarina la planta de los pies la torturaba más que un dolor de muelas. Había hecho y deshecho un centenar de veces el camino entre la playa y la explanada negra, dando instrucciones, jaleando continuamente a todo el mundo, relevando a los que flaqueaban.

—¡Un último esfuerzo! —gritó, aunque en realidad se lo decía a sí misma—. Tenemos que terminar antes de que el sol esté en lo alto.

Oyó un murmullo de voces a su espalda, se dio la vuelta y vio que todos señalaban hacia el océano, desconcertados. Entonces, al forzar la vista, pudo distinguir sobre la línea del horizonte una silueta a contraluz. Parecía enmarcada por la corona de lava del disco solar.

Era un jinete que cabalgaba sobre las olas.

Al ver aquella imagen prodigiosa, el pobre Adonaldo Souza, que durante cincuenta y cuatro años había sido considerado uno de los habitantes más sensatos de Guanxuma, perdió los papeles por primera vez en su vida; palideció como la cera y empezó a temblar y a santiguarse frenéticamente.

—¡Virgen Santa! Es el diablo, que viene a reclamarnos a sus muertos. Y al no encontrarlos nos tomará como rehenes.

Temiendo que aquella disparatada interpretación prendiera en los otros isleños, Catarina decidió coger el toro (el demonio, en este caso) por los cuernos.

—Mira, Adonaldo —le dijo al alborotador—, yo no creo que sea Satanás. Pero por si acaso lo fuera, tú y yo vamos a acercarnos a negociar con él.

—Ni lo sueñe, doctora.

—No te lo estoy consultando.

Y así, por segunda vez en su vida, no tuvo más remedio que empuñar el revólver de su esposo. Vio como Adonaldo tragaba saliva, acobardado, y eso le dio ánimos a ella para volverse hacia los otros y rubricar el farol.

—Y vosotros, ¡terminad pronto el trabajo o seré yo quien, a la vuelta, os mande de cabeza al infierno! —gritó, mientras se pregun-

taba si aquel tono de pistolero bravucón sonaría convincente en sus labios.

Al parecer sí, porque todos corrieron a obedecerla.

Adonaldo y Catarina subieron a una barca. Él se puso a los remos en la proa, de espaldas a la visión que tanto pavor le producía, y ella le iba guiando. «Un poco más a tu izquierda —le decía—; cuidado con esa roca; sigue así, ahora queda justo enfrente.» A él se le iba desencajando más y más el rostro a medida que se alejaban de la orilla.

—Recapacite, por favor, doctora. ¿No ve que un caballo de este mundo se hundiría en el océano? A la fuerza debe de ser un mal presagio.

—Ya veremos. Tú sigue remando.

Caballo y jinete se encontraban más lejos de lo que Catarina había creído en un principio. El sol tuvo tiempo de abandonar por completo su escondrijo nocturno, y comenzó a reinar sobre un cielo azul diáfano, sin rastro de legañas púrpuras. El cansancio de toda la noche había causado mella en Adonaldo, que resoplaba con la boca abierta como si fuera a ahogarse de un momento a otro. A esas alturas, Catarina ya había vislumbrado que el caballo permanecía quieto, esperando mansamente su llegada, y a cada golpe de remo se hacía un poquito mayor. Sin embargo, no era eso lo que la llenaba de angustia, sino la posibilidad de que Adonaldo tuviera razón: empezaba a resultar evidente que la cabeza del jinete no podía ser humana. Era demasiado abultada en relación con el tronco y tenía una forma extravagante, como de media luna. Y lo más desconcertante: tenía pico, un pico grande y amenazador. Parecía, en realidad, la cabeza de un águila unida a un cuerpo de persona. Se sorprendió a sí misma preguntándose si las cinco balas que reservaba en el tambor bastarían para enfrentarse a aquella mutación.

El pánico no duró nada, unos segundos. De pronto pestañeó, y lo que había sido una aberrante sombra china comenzó a llenarse de detalles tranquilizadores. Pudo ver que el corcel (un animal esbelto, de largas crines y una cola que parecía el ala de un arcángel) se mantenía erguido sobre las patas traseras, como a punto de saltar un obstáculo, mientras el hombre que lo montaba le señalaba el camino con el dedo índice de la mano derecha. Lo que había confundido con

una cabeza de pájaro era, en realidad, el sombrero napoleónico que llevaba calado el jinete. El descubrimiento le hizo soltar una cargajada de alivio.

—Estate tranquilo, Adonaldo. Tu demonio solo es una estatua.

La estatua, de tamaño natural, era de bronce macizo. Pesaba dos mil ochocientos setenta y cinco kilos sin el pedestal, y representaba al general José Francisco de San Martín y Matorras, héroe nacional y libertador de Argentina, Chile y Perú. Era la principal de una serie de doce que viajaba en el *Príncipe de Barcelona* como regalo del Gobierno español al presidente argentino José Figueroa Alcorta. Todas las demás acabarían en el fondo de los arrecifes, al igual que el resto de la carga: cuatro mil quinientas toneladas de cobre, mil setecientas de estaño y cuarenta y cinco mil libras esterlinas en moneda y joyas, sin contar una cantidad en oro diplomático que la compañía de seguros del trasatlántico, la Norton-Vega & Co, nunca llegaría a precisar para tratar de evitar saqueos.

Son detalles que hoy en día constan en los libros, pero que Catarina y Adonaldo desconocían por completo. Así que debieron de sentirse intrigados al topar con aquella mole en medio del océano. Siguieron acercándose y pudieron constatar que el general y su montura no flotaban, sino que habían quedado milagrosamente incrustados en una de las grandes rocas que rodean a cientos la costa de Ilhabela. Los marinos las llaman Los Dientes del Océano, porque su mordisco es capaz de abrir una brecha en el casco de cualquier navío.

De pronto, Adonaldo dejó de remar. Se puso a contemplar la estatua en silencio, como si estudiara un jeroglífico. Catarina pensó que debía de sentirse avergonzado por su comportamiento y trató de consolarlo.

—No te hagas mala sangre —le dijo—. Yo también tenía miedo.

Por toda respuesta, él señaló la roca.

—Hay alguien ahí —murmuró.

Ella aguzó la vista. Solo entonces pudo distinguirlo a duras penas: el cuerpo exánime de un hombre tumbado boca abajo a los pies del caballo. Vestía de negro, como si hubiera intentado diluirse en la sombra de la estatua.

—Otro muerto —añadió lúgubre su descubridor.

—Tal vez —dijo Catarina—. O a lo mejor aún vive. Acércate lo máximo que puedas.

Adonaldo la miró como si estuviera loca.

—No lo dice en serio, ¿verdad? ¡Ese *diente* nos hará pedazos!

Ella soltó un largo suspiro.

—Entonces espérame aquí. No creo que tarde mucho.

En un santiamén, y ante los atónitos ojos del remero, se puso en pie y se quitó el vestido y los zapatos, quedándose en ropa interior. Se zambulló en el agua de cabeza y empezó a nadar furiosamente.

Apenas pudo dar diez brazadas.

Una ola surgida de la nada la agarró a traición por el costado. Sintió que la lanzaba contra la roca. Fueron dos golpes consecutivos, un dolor punzante en la rodilla y en el codo, igual que si la acuchillaran. Perdió el mundo de vista, dejó de nadar y empezó a hundirse. La salvó el instinto, que la obligó a palpar a ciegas bajo el agua en busca de un saliente al que aferrarse. Al momento siguiente se encontraba trepando por la roca. Llegó arriba y se desplomó.

Se quedó tumbada, oyendo los jadeos de su propia respiración.

—¿Se encuentra bien, doctora?

Levantó una mano y la movió para que Adonaldo dejara de incorporarla. Al cabo de unos segundos volvió a distinguir el azul del cielo. Echó un vistazo a sus heridas. No parecían graves. Se incorporó despacio y contempló la estatua.

De cerca le pareció distinta, más grande, más hermosa y amenazadora. Se fijó en los dilatados ojos del caballo y creyó entrever en ellos una advertencia, la inequívoca señal de que algo, algo que iba a cambiar su vida para siempre, estaba a punto de ocurrir.

Hizo un esfuerzo por recobrar el control y se inclinó sobre el cuerpo del naufrago. Su pelo, castaño oscuro, era demasiado largo y enmarañado para pertenecer a un caballero. Tampoco la calidad de la camisa, que había sido negra en otro tiempo, y del pantalón, basto y lleno de zurcidos, hablaban demasiado bien de su nivel social. Sin contar el detalle del calzado, un par de viejas botas con las suelas raídas. Era extraño que aún las llevara, porque lo primero que hace alguien que está a punto de perecer ahogado es descalzarse para nadar mejor.

A no ser que sea demasiado tarde.

Le dio la vuelta muy despacio.

El hombre tenía los ojos abiertos y parecía mirarla fijamente.

Dos años, dos meses y siete días después, de pie frente al cura que estaba casándola, Catarina recordaría cada detalle de aquel momento extraordinario, cuando semidesnuda, herida y empapada sobre una roca en medio del océano, a la sombra de la estatua ecuestre del general José Francisco de San Martín, contempló por primera vez el rostro del que sería su segundo esposo y pensó que era el hombre más guapo al que había visto nunca.

«Qué joven es», fue lo primero que le vino a la mente.

Al contrario que Catarina, debía de estar más cerca de los veinte que de la treintena. Todo en él irradiaba fortaleza: el cuello ancho de buey, los brazos y el pecho musculosos, las manos rudas, enormes, manos de trabajador, encallecidas. Llevaba una tenue barba de un par de días que apenas le ensombrecía las facciones. Tenía las cejas demasiado pobladas, los ojos demasiado chicos y la nariz demasiado grande y torcida, de boxeador. Las orejas terminaban en punta, como las de un can de presa. Sus labios, grandes y carnosos, simplemente no encajaban; era una boca de mujer, de furcia voluptuosa, incrustada bajo las nupias de un bruto.

Y, sin embargo, nada más verle, Catarina se quedó sin aliento.

Sintió que una zarpa invisible hurgaba de pronto en sus entrañas dejándola completamente vacía, hecha una vaina, un despojo, la piel mudada de un reptil.

Conservo fotos de mi bisabuelo en esa época. Estudiándolas con atención he llegado a intuir por qué una mujer sensata como Catarina pudo enamorarse de aquel modo arrebatado de un completo desconocido que, además, era objetivamente feo. Mi teoría es que si bien por separado cada pieza del rostro de Joan era un cúmulo de imperfecciones, la suma de todas ellas era una mezcla de bestialidad y de sutil ternura que debía de resultar irresistible para las mujeres.

Tenía los ojos abiertos y parecía mirarla fijamente.

Con un nudo en la garganta, Catarina le bajó los párpados. Se sentía confusa, como en trance, incapaz de asimilar sus propios sentimientos. Entonces oyó a lo lejos la pregunta de Adonaldo:

—¿Está vivo?

Y pensó que tenía que mentirle, o jamás la ayudaría a trasladar el cuerpo hasta la isla.

—¡Sí, de prisa, acércate!

Nadie, ni uno solo de los isleños que aún quedaban en la playa, comprendió los motivos de la doctora para dar un trato preferente a aquel cadáver. Regresó la barca de su pequeña aventura, y cuando algunos hombres descargaron al tercer ocupante e hicieron amago de llevárselo hacia su destino lógico, la explanada de O Fogo do Céu, Catarina les sorprendió con una orden tajante:

—Este no. Lo enterraremos en el cementerio.

Y le pidió a Iago, el carpintero, que tuviera a punto un ataúd para primera hora de la tarde.

—Y esta vez, viejo avaro —precisó—, procura que la madera esté en buen estado, que todos te conocemos.

No solo hizo eso. Hizo que llevaran el cuerpo del joven hasta su casa, en las afueras de Guanxuma, y lo tumbaran sobre la cama. Allí comprobó que no llevaba nada en los bolsillos; le quitó toda la ropa, que se apresuró a quemar, y lo estuvo lavando y perfumando de la cabeza a los pies. Luego lo afeitó minuciosamente y le cortó el pelo muy corto, tarareando todo el tiempo, en un susurro, una triste melodía que sonaba a nana; parecía como si quisiera acunar al muerto. Para acabar de transformarlo en un hombre distinto, lo vistió con ropas de José: una camisa blanca de algodón con botones nacarados y el pantalón beis de lino, su favorito, el que solo se ponía en ocasiones especiales.

A las mujeres que la ayudaron les dio como excusa que aquel último naufrago era una especie de símbolo. «Enterrándolo con dignidad —les dijo— rendiremos homenaje a todas las almas desaparecidas hoy.» No la creyeron, por supuesto. Y menos cuando llegado el momento, sin pestañear, Catarina pidió a los sepultureros que abrieran la tumba familiar y depositaran el ataúd anónimo junto al de su marido.

Sonó un murmullo general de desaprobación.

—Va a resultar que eran amantes —murmuraron lenguas maliciosas, con la de la arpía Maia a la cabeza.

—Tantas horas sin dormir afectan a cualquiera —trataron de disculparla sus incondicionales, que seguían siendo mayoría.

A media tarde todo había terminado. Catarina dedicó unas breves palabras de agradecimiento a todos los que habían acudido al cementerio. Les dijo que podían sentirse orgullosos del esfuerzo realizado para proteger la isla de infecciones, y les encargó una última misión:

—Mandad a un mensajero a São Paulo para dar aviso del naufragio. No es bueno que las familias de los desaparecidos conserven más tiempo la esperanza.

Levantó la vista al cielo. El azul de la mañana había desaparecido por completo. Grandes nubarrones se acercaban rápidamente desde el norte, como un voraz alud de ceniza gris y negra.

Regresó a casa.

Nada más cerrar la puerta, las piernas le flaquearon. Tuvo que sentarse en el suelo, al tiempo que dejaba de fingir y estallaba en un llanto desgarrado. Lloró durante horas, dejando que el machete del dolor la fuera troceando poco a poco, hasta que sintió que iba a desmayarse de debilidad. Hizo un esfuerzo titánico, consiguió incorporarse y fue dando tumbos hasta la cocina. Allí comió sin apetito algo de fruta. Pensaba en su pobre marido. En lo mucho que la había amado. Recordó lo que decían los nativos, que algunos muertos muy especiales nunca terminan de alejarse de nuestro lado. Si eso era cierto, no quiso ni imaginar lo que el pobre José estaría sufriendo.

—Lo siento —murmuró, avergonzada—. Yo tampoco entiendo lo que me pasa.

Luego encendió una vela, entró en el dormitorio, se quitó la ropa y, desnuda y derrotada, se quedó temblando frente a la cama vacía.

**LA AVENTURA, EL ROMANTICISMO
Y EL DETALLE HISTÓRICO SE MEZCLAN
EN ESTA ARREBATADORA NOVELA SOBRE
LOS MISTERIOS DEL PASADO, EL DOLOR
QUE CAUSAN LOS SENTIMIENTOS Y LA
HERENCIA QUE LOS PADRES TRANSMITEN
A SUS HIJOS.**



www.siruela.com